

1

OPORTUNIDADES

Río Dulce es una pequeña localidad castellana con un censo de un millar de habitantes. Se caracteriza por tener una situación geografía inmejorable, una tierra fértil y una abundancia de agua que ha exprimido al máximo y de la cual no puede aprovecharse hoy en día.

Su nombre, 'Río Dulce', fue puesto por el agua rica que manaba de un río próximo a la ladera. Éste se situaba en la parte más noroeste del pueblo y llevaba ese mismo nombre.

El desempeño de las funciones básicas de la villa se centra en el comercio agrícola, ganadero y apícola. Ha experimentado una bajada considerable en los últimos tiempos, debido a la sequía prolongada que asola el lugar.

Su capacidad de subsistencia se formó gracias a un pozo situado en un sitio estratégico. Lo cual permitió una vida próspera, así como la entrada y salida de personalidades importantes a lo largo de los años.

Sin embargo, Río Dulce ha ido decayendo paulatinamente en declive como un pueblo olvidado de la comarca. Sus vecinos han ido emigrando sin deseos de regresar. Donde antes se alzaba un orgullo extraordinario ahora sólo se recuerda en la retina de unos pocos privilegiados.

Además...

– ¡¡Podías tener más cuidado, Elías!! –protestó Oliver en el asiento del copiloto.

No tuvo más remedio que abandonar la lectura. Los continuos baches hicieron imposible una concentración idónea para empaparse de la información que desarrollaría en su nuevo proyecto. Así era la breve introducción que Oliver había conseguido leer en su Ipad, momentos antes de que se apagara por los impactos, frenazos y volantazos de su compañero al mando. Lo sujetaba entre sus manos, viéndose reflejado en la propia pantalla y memorizando los borrones y letras subrayadas que simbolizaban las partes de mayor relevancia.

Fijaba la vista en la empinada carretera, salteada con socavones que se aproximaban sin cesar. Hermosas arboledas abrazaban la calzada con sus ramajes, los pájaros cantaban alegres en su hábitat natural mientras el sonido constante de un riachuelo les dio paz y tranquilidad durante el trayecto.

No era precisamente la idea perfecta del joven para pasar un verano tranquilo, sus jefes insistieron en un nuevo reportaje para el periódico donde trabajaba. Un cometido imposible de negar. No le quedaba más opción que presionar al máximo para sacar el jugo mejor exprimido de la nueva noticia que se cernía sobre la localidad castellana de Río Dulce.

Llevaba empleado en el periódico cerca de dos años y jamás supo de la existencia de un pueblo llamado así. De ahí que los redactores más veteranos le hubieran preparado un escueto dossier con las informaciones más notables y reportajes sobre el mismo. Oliver tenía un remix de acontecimientos bailando en su cabeza.

El verano es una temporada sin noticias de mucho calado, no abundan ni se forman con tanta rapidez como en otra estación del año. Cuando un suceso de esa envergadura ocurre ante sus ojos, nadie puede desaprovechar la oportunidad de descubrirlo. Algo más interesante que ser un mero observador en las fiestas patronales, jurado de los típicos concursos de pintura o testigo de la unión entre el hombre y la naturaleza.

De hecho, aquello que en un principio se trataba de un hecho aislado, de una noticia narrada desde un punto de vista imparcial; terminó por convertirse en la mayor historia de su vida y en un misterio que Oliver anhelaría desentramar a toda costa.

* * *

Si en la antigüedad, Río Dulce se caracterizó y fue famoso por la calidad y abundancia de su agua; ahora lo hacía por otros motivos. La existencia de pequeños temblores, terremotos de baja escala, la ruptura de tuberías y la aparición de grietas nacidas en las fachadas de los edificios. Los vecinos se habían apresurado a denunciar esos accidentes constantes a autoridades como bomberos y cuerpos de seguridad del estado que ya podían verse personadas en el lugar de los hechos. La razón de su alarma fue por miedo a salir del interior de sus viviendas o pasear por las calles.

Las personalidades del Ayuntamiento de Río Dulce deseaban describir otra visión de la historia, más humana y cercana al ciudadano. Esa misma que dos periodistas ajenos a especulaciones técnicas podían darle, una función que Oliver y Elías cumplirían a la perfección. Ambos habían sido compañeros desde hacía casi un año y su amistad fue buena desde el principio. Tenían muchas cosas en común al haber pasado por situaciones semejantes cuando eran pequeños.

Sin embargo, en el exterior nada tenían que ver el uno con el otro. Oliver era alto, con el pelo castaño, liso y corto, un cuerpo modelado por horas y horas de gimnasio y unos ojos azules capaces de hipnotizar a las mismísimas sirenas. Vestía de manera informal, no le gustaban los trajes, las camisas ni las corbatas. Era extraña la situación en la que se ponía uno y siempre por obligación. Elías, por el contrario, tenía el pelo mucho más oscuro, una delgadez casi extrema y estatura por debajo de la de su compañero.

Desde ese el primer instante, siempre que podían realizaban juntos todo tipo de colaboraciones en el periódico: reportajes, entrevistas, noticias, crónicas. No era fácil coincidir en un mismo tema, pero habían demostrado que su complicidad en el campo de acción les hacía trabajar de manera acertada. Oliver era consciente que Elías era el mejor compañero de viaje para esa tarea.

Pasaron más de dos horas desde su salida de la ciudad hasta que empezaron a divisar un municipio castigado por el paso de los años. Oliver revisó sus apuntes, sus tarjetas escritas y afianzó los nombres de las personas que les esperarían en Río Dulce para resolver sus preguntas. Los servicios de seguridad estarían ocupados asegurando el perímetro y evitando accidentes indeseados; se conformarían con las declaraciones del alcalde y el testimonio de algunos afectados.

Un pequeño cartel saludó a Oliver, dándole la bienvenida a su emplazamiento; un espacio donde nada era lo que parecía. Elías redujo la velocidad al notar el contacto de las ruedas con el asfalto inexistente a lo largo del camino y solo colocado en la calle principal. Atravesaron la larga avenida, estrecha y sin la posibilidad del tránsito de dos coches al mismo tiempo.

Viejos desconchones, paredes que dejaban a la vista el sufrimiento por paso del tiempo: persianas rotas de madera, farolas despedazadas que seguían inherentes en su posición y un millar de desperfectos causados a partes iguales entre las inclemencias actuales y las del pasado. Hechos descritos y leídos por los jóvenes periodistas en los momentos previos a su llegada a Río Dulce.

En las calles y hogares que cruzaban continuaban esas mismas consecuencias: tejas y partes del tejado derrumbadas por el suelo, grietas elevadas desde el interior de la tierra hasta la parte alta de los domicilios que simulaban la trayectoria de un rayo, tuberías y canalones ennegrecidos, unos resquebrajados y otros destruidos por completo a causa de los efectos inmediatos.

Ese fue el grato recibimiento a la pareja de periodistas. Sucesos que no parecían tener solución a simple vista y cuyos resultados se aceleraban a pasos agigantados. Condujeron hasta la Plaza Mayor, un sitio céntrico adornado por una fuente redonda de la que no emergía ni una pizca de agua. Tenía planta rectangular, suelo empedrado, varias salidas hacía otros emplazamientos contiguos y casi a sus pies, una escalinata bien conservada que les trasladaría al majestuoso Ayuntamiento.

Aparcaron el coche con dificultad. El personal cualificado de protección civil y bomberos invadía la plaza para acometer las tareas pertinentes. Cientos de utensilios de los obreros pronto se colocarían en las partes más castigadas del pueblo. Por su primera impresión en la entrada a Río Dulce, todavía sentados en los cómodos asientos del coche de Elías, la ayuda prestada sería prácticamente en la totalidad del pueblo.

Los amigos y compañeros no eran ajenos a ese tipo de situaciones de bienvenida. Las habían vivido más de una vez y esperaban lo que se observaba en cada localidad que visitaban: personas que se acercaban a preguntar por su llegada, el motivo de su estancia, qué estaban haciendo en su comarca, la razón de haber llegado a su población o descubrir qué iban a investigar. No obstante, nada ocurrió. El griterío tradicional y reiterado del vecindario quedó apagado por el ruido causado por las máquinas de los trabajadores.

Los habitantes se mantuvieron perplejos en sus posiciones, observaban con cautela a los nuevos inquilinos sin mover ni un músculo. A los habituales ancianos sentados en los bancos de la plaza, se añadían otros apostados pacientemente en balcones y ventanas. Si no hubiera sido por los cientos de ojos que Oliver y Elías sentían presionando sus nucas, hubieran jurado que nadie se había percatado de su llegada a Río Dulce.

– ¿Oliver La Fuente? –increpó uno de los hombres que avanzó hasta su posición al ver su desorientación. Éste afirmó con la cabeza, presentando a su camarada de batalla, Elías Guerrero–

Hola. Soy Fonseca, alcalde de Río Dulce –contestó– Este es Jaime Arellanos, director del periódico local. Nos acompañará durante la entrevista, si no os importa.

– Hace un rato que os esperábamos... –se atrevió a decir aquel pequeño hombre, echando en cara su impuntualidad.

– Río Dulce ha sido más difícil de encontrar de lo esperado. Nos hemos perdido un par de veces hasta dar con el desvío. Parece que no querían que viniéramos a visitarlos...

Se excusó bromeando Elías, una actitud propia de él y puso cara de circunstancia ante el desafortunado reproche de Arellanos. Ciertamente había conducido a la perfección durante todo el trayecto, su GPS se la jugó por esas carreteras comarcales tan antiguas y que no figuraban en el mapa.

La apariencia de Fonseca no era la que Oliver y Elías esperaban de un alcalde de una localidad con tanta historia como Río Dulce. Lo frecuente hubiera sido encontrarse con un viejecito que les recibía con cierta dificultad móvil, manteniendo un trato amable y servicial. Un hombre nacido y criado en ese mismo territorio y conocedor de las necesidades de sus convecinos.

En su lugar se toparon con un cuarentón en la flor de la vida, un individuo capaz de tomar las riendas para hacerse cargo de un pueblo sin rumbo y a la deriva. Fonseca vestía de manera informal, con vaqueros desgastados y una americana oscura, poco apropiada para el calor veraniego que les invadía a mediados del mes de julio. Le distinguía un abundante, y nada frecuente, cabello pelirrojo y decenas de pecas que inundaban su cara. Como si de un vestido de lunares se tratara.

A su lado, el director del periódico local no podía vislumbrarse con el mismo aspecto jovial y desenfadado del alcalde Fonseca. Los años no transcurrieron en balde para él. Tenía el pelo canoso, entradas muy pronunciadas y un agujero sin pelo en lo alto de la cabeza. Su vestimenta chapada a la antigua le hacían parecer un abuelito compasivo y refunfuñón,

algo que en realidad no era. Sin duda una clara manifestación de que las apariencias engañan.

Arellanos no hablaba demasiado, solo analizaba con cautela la actitud de sus jóvenes compañeros de profesión. Lo había hecho desde que llegaron a la plaza. Tanto Oliver como Elías se percataron de un ojo avizor al otro extremo del recinto y no era otro que Jaime Arellanos. Su corta estatura le auguraba una sensación a la vez de ternura y precaución, sin saber cuál sería la actitud idónea en su presencia. Llevaba un bastón en la mano derecha y un cuaderno de notas en la izquierda, como buen periodista dedicado por completo a su labor.

Había vivido allí su vida entera, sacando a la luz un periódico gratuito sin apenas más ingresos que los concedidos por el Ayuntamiento, informando de las noticias de la población y sus alrededores. Su fama la logró con constancia, con tesón y una buena dosis de riesgo, algo que Oliver admiraba desde que había leído la breve biografía de su nuevo 'amigo'.

No importaba su aspecto de cara al público, lo único que Oliver y Elías anhelaban era desempeñar con corrección su trabajo. Para ello, aquellos hombres debían contestar a sus cuestiones y emigrarían a la ciudad lo antes posible. Por experiencia, entendían bastante de esas reuniones intempestivas y cómo se alargaban más del debido. A veces pasaban días e incluso semanas hasta que obtenían lo que buscaban.

Nadie deseaba una permanencia excesiva en Río Dulce. Por la cara expresiva de Arellanos, él tampoco ansiaba su presencia allí.

Tras subir una escalinata ancha, inmaculada y posiblemente renovada no hace mucho tiempo que coronaba la Plaza Mayor, fueron acomodados en una sala especial del Ayuntamiento. Se habían colocado ciertos aperitivos y bebidas, innecesarios para esa ocasión. Los cuatro integrantes se dispusieron a seguir su cometido al pie de la letra mientras los muchachos saciaban su sed a causa del calor infernal.

Lo recogido por la grabadora de Oliver ya depositada encima de la mesa, sería empleado para la composición de su reportaje. Éste versaría sobre ese emplazamiento olvidado en el tiempo y los extraños acontecimientos que se producían dentro de su perímetro.

– Cuéntenos entonces, ¿qué está pasando en Río Dulce?

– Estos raros sucesos que han podido ver, se llevan produciendo en Río Dulce desde hace años. No se trata de algo actual como hemos escuchado en algunos medios de comunicación. Es posible que ahora sea cuando más se hayan visto sus consecuencias –explicaba con coherencia el alcalde, mientras los demás escuchaban sin perder atención– pero no es reciente.

« Desde hace años, los hechos no han dejado de repetirse: se escuchan ruidos inauditos, se oye el crujir de la madera de las casas, explotan cañerías o tuberías recién instaladas (sin signos de congelación o aumento de la temperatura), aparecen grietas fuera y dentro de las casas; e incluso hemos vivido episodios de verdadero miedo con pequeños movimientos de tierra donde parece temblar el pueblo entero.

– Si esos efectos llevan ocurriendo durante varios años y nunca se ha dado la voz de alarma ¿por qué lo han hecho ahora? ¿han aumentado las consecuencias?

Oliver comenzaba a preocuparse. Cada vez estaba más interesado en el camino que tomaba la conversación. No se trataba sólo de hechos aislados propiciados por la aparición de cuatro grietas, sino casos escalofriantes ocurridos tiempo atrás y que ahora se veían acrecentados notablemente. La historia en un principio triste y sin vida, cobraba más relevancia.

Su inexperiencia evidente con veinticinco años recién cumplidos, se suplía con una curiosidad innata y una capacidad que le había ayudado en diversos momentos. Elías era unos años mayor y se había malacostumbrando a las historias monótonas y aburridas del verano. La Fuente siempre pretendía buscar algo

más en cada narración, en cualquier testimonio que proporcionará una vuelta a las típicas declaraciones de los implicados.

– Al principio creíamos que eran sucesos aislados: una grieta pequeña en una pared, una casa inundada por una ‘mala’ instalación, tejas que se caen al suelo; y así hasta el día de hoy.

« En los últimos meses las repercusiones han sido tan graves para los vecinos de Río Dulce, que temiendo por su seguridad nos vimos obligados a alertar a las autoridades –indicó de nuevo Fonseca, serio y a la vez concentrado en su labor de alcalde y portavoz del pueblo al que representaba.

– Parece que el personal de seguridad lleva aquí varios días, ¿les han comunicado algo? ¿cuál es el origen de este tipo de incidencias tan extrañas? ¿alguna teoría acerca de lo que ocurre en Río Dulce? –indagó Elías, comenzando a ver más allá de lo que se observaba a simple vista sobre un tema que en principio no guardaba importancia.

– Todavía es pronto. Sólo se han encargado de asegurar el perímetro afectado para que no haya desprendimientos, caídas del material de fachadas o tejados. De esta forma si sucede otro temblor, los cimientos se mantendrán firmes y no lamentaremos grandes pérdidas. El jefe de bomberos nos dijo que enviaran a un experto del Servicio Sismológico Nacional, alguien más capacitado para evaluar la causa y el origen de aquello que ha estado provocando estas sacudidas.

– Aproximadamente ¿desde hace cuanto tiempo ocurren estos sucesos extraños? ¿3 años? –Fonseca pensó y negó rápidamente con la cabeza– ¿5 años? –volvió a mostrar su negativa– ¿7 años? –y lo hizo una tercera vez.

El veterano y pequeño periodista de la población se vio sobresaltado por esa simple cuestión. Cara de póker, coloretos pronunciados y sudores fríos se manifestaron al instante. Ni Oliver ni Elías entendían su expresión, ni siquiera Fonseca, que se hallaba a su lado mirándole con talante enigmático, lograba comprenderlo.

Era como si hubieran expresado algo indebido, cuando pronosticaban una fecha aproximada. Si podían estudiar el momento temporal en el que aparecieron los sucesos, junto con una investigación más a fondo de los acontecimientos de esa época y las observaciones pertinentes, podrían dar con una relación causa-efecto. Así desentramarían la historia vivida en Río Dulce desde hacía años, aunque Jaime no quisiera ayudarles en su aventura.

Con su sentido periodístico probablemente acrecentado, Jaime pudo percatarse de cómo iba a terminar concluyendo esa pregunta. Carraspeó e incluso hizo ademán de marcharse de la sala, acto impedido por Fonseca que tuvo que recordarle sus obligaciones. Esa pequeña maniobra, propiciaría la inclusión e interés de Oliver La Fuente en la historia de aquel distinguido pueblo de la comarca.

– No puedo daros una fecha concreta, ni siquiera un año aproximado. Quizás fueron cinco años o quizás quince –entonces miró de reojo a su compañero de mesa. Jaime seguía escribiendo en un viejo papel. La brillante idea llegó a su mente mientras conversaban– Pero podríamos tener una forma para averiguar de qué época se trata.

« ‘La Corriente’ es nuestro periódico local. Ha estado editándose desde hace más de cuatro décadas. Su periodicidad es mensual y desde que yo tengo uso de razón, recuerdo noticias e informaciones sobre estos sucesos. Tal vez para encontrar el origen solo debéis mirar entre las páginas hasta hallar una fecha más o menos exacta del comienzo de los acontecimientos.

« Jaime Arellanos os acompañará hasta las instalaciones del periódico. Él os mostrará la utilización del archivo para encontrar el foco de acción. Si, bien...

– Con su permiso –habló el director de la publicación, acongojado y educado dirigiéndose a Fonseca– no creo que un trabajo tan importante deba encomendárselo a dos periodistas

sin experiencia. Yo mismo me encargaré de ese cometido cuando acabe la edición del siguiente número...

– Estamos a mediados de mes, Jaime. Queda mucho aún para cerrar la siguiente edición –respondió firme el alcalde– Estos jóvenes han venido a investigar lo que sucede, es su trabajo averiguar cuándo, cómo y por qué pasó –remarcó Fonseca– El experto nos podrá decir la causa del origen pero no se acercara con exactitud a la fecha si no la averiguamos de esta forma. O ¿se le ocurre algo mejor? Además tenemos a Dani para echarles una mano en lo que necesiten.

– No me gusta que le llames así... ¡ya lo sabes!

Se palpaban las nulas ganas de Arellanos por pasar su tiempo con unos jóvenes periodistas a los que había infravalorado. Ellos intentarían explicar la fecha del origen de la historia, dar respuesta a algo vivido en sus propias carnes y de lo que nadie era consciente. Jaime debía que estar agradecido, no inquieto.

Para bien o para mal, el alcalde había hablado y el desempeño de esa tarea impuesta tenía una única resolución: la aceptación. Todos perseguían su averiguación, responder a sus dudas y alcanzar la clave del misterio. Si los trabajos de investigación impuestos por la comunidad se tornaban lentos, como solían pasar en los asuntos oficiales, entre ellos podrían desentramar los acontecimientos. Seguirían otras vías tan válidas como las demás.

En sus años de estudio en la universidad, Oliver nunca se había enfrentado a este tipo de contratiempos. Entrevistas, mini reportajes, noticias relevantes y artículos informativos; nada que tuviera que ver con la investigación en el sentido más estricto de la palabra. Esa tipología periodística no era el género más querido por la audiencia, ni tampoco el más fácil de llevar a cabo en su profesión. No obstante, gozaba de un prestigio que ninguna otra modalidad otorga.

Al lanzarse al mercado laboral, el chico no tuvo problema para escoger el trabajo más adecuado a sus capacidades. Realizó

prácticas en varias redacciones durante su periodo estudiantil y escribió numerosos reportajes publicados en el mundo online; lo cual le abrió muchas puertas. Sus padres aún almacenaban en su casa cada una de las publicaciones redactadas y compuestas por su hijo, mostrándose orgullosos de su buen desempeño en el terreno escogido.

La situación cambió en el hogar de la familia La Fuente. Sus padres contemplaron como su pequeño polluelo se había hecho mayor y conseguía volar solo del nido. Un hecho que nunca estuvieron preparados para afrontar. Fue un duro golpe, ver como su único hijo se marchaba sin tener el amparo paterno y dejaba un vacío incapaz de rellenar.

Oliver quiso ser una persona independiente desde pequeño. Si quería estudiar una carrera tendría que abandonar su vida como la conocía para mudarse a otro lugar, donde cursar sus estudios superiores. Periodismo, además de necesitar una nota más o menos elevada, se impartía en campus estratégicos, por lo que seguir viviendo en el domicilio familiar no era una opción. No quería pasar su jornada diaria entre autobuses, trenes y vagones de metro.

Sus padres tampoco residían en la misma ciudad donde Oliver se instaló durante sus años universitarios. Por eso siempre quedaba el teléfono y el buen uso de las nuevas tecnologías para comunicarse cuando fuera necesario. Lo hacían prácticamente a diario, informándose de aquello relevante que sucedía en sus vidas, fuera lo que fuese. Si no recibía una llamada, sería un email, un WhatsApp o un mensaje en cualquier red social. Sus padres conservaban ese contacto porque no querían que su hijo se alejara cada vez más de ellos.

Desde los dieciocho años, Oliver La Fuente había empezado a trabajar. Primero lo hizo en empleos de poca importancia para ganarse un dinero extra y pagarse sus caprichos. No se le caían los anillos fregando en almacenes, pasando ocho horas como reponedor en un supermercado o yendo de un pueblo a

otro como cartero. Pero esa etapa acabó y se especializó en el terreno de la información.

Las prácticas periodísticas y grandes ocasiones de probar su valía no dejaron de sucederse. Algo similar a lo que parecía ocurrir cuando frente a él se presentaba una oportunidad que no podía desaprovechar. Esa posibilidad de descubrir un misterio a su altura, lejos de los reportajes sobre animales, eventos deportivos, acontecimientos religiosos, actos institucionales sin fundamento y las fiestas de los pueblos que tan poco lucimiento personal acarreaban.

Después de dos años en el periódico, no había gozado de la posibilidad de hacer algo así, con cuestiones que asustarían a más de uno puesto que no tenía ninguna respuesta a sus incógnitas. Oliver estaba deseando empezar a trabajar, a cuestionarse el origen de los sucesos, si mantenían un punto en común o eran simples coincidencias de hechos aislados, cuándo comenzaron y sobre todo, si escondían una solución para no volver a repetirse.

Ya en la habitación de la pensión que Fonseca amablemente les había pagado, Oliver no podía conciliar el sueño. El calor era cada vez más insufrible, incluso a altas horas de la madrugada. La luz de la luna entraba por los amplios ventanales del balcón de su habitación permitiéndoles observar toda la estancia. El muchacho no hizo otra cosa que quedarse embobado mientras en el exterior se escuchaban las campanadas que daban la bienvenida a un nuevo día.

Un pequeño alboroto se manifestó en la calle. Oliver no sabía de qué se trataba, el revuelo se hacía cada vez más patente. Se escuchaban gritos, voces y gente que no se preocupaba por la somnolencia de sus vecinos. Puertas que se abrían y cerraban, música que aumentaba su volumen y personas que salían de un lado para otro, fueron algunas de las actitudes de Río Dulce.

– ¿Qué es lo que pasa, Oliver? ¿Qué haces en el balcón a estas horas de la noche? –preguntó Elías entre sueños en la cama contigua a la suya, restregándose los ojos y con cara de sueño.

– No podía dormir, han sido muchas emociones para un día. Estaba dándole vueltas a la cabeza, a lo que podría ocurrir si descubrimos lo que ha pasado en Río Dulce hace tanto tiempo... Entonces he oído ruido en el exterior. Como periodista me he sentido en la obligación de saber qué era –rió en voz alta.

– ¿Y qué ocurre? ¿se está pegando alguien? ¿algo interesante? No me digas que tenemos que vestirnos ahora y salir a ver qué pasa...

– No, son solo unos vecinos que han salido y han empezado a hacer preguntas. Los he visto caminar de un sitio a otro como locos. De todos modos desde aquí no puedo ver nada y no sé cómo interpretarlo, pero ya nos lo preguntaremos otro día... Ahora a dormir.

Oliver volvió a meterse en la cama. Se encontraba raro, extrañado y con una duda atormentándole en la cabeza. ¿Por qué había contestado así? Lo hizo de forma directa, sin dudar ni pensar en sus palabras ni un solo instante. Eso le hacía creer que hubiera respondido a cualquier pregunta de la misma manera y a veces hay secretos que deben permanecer ocultos para siempre.